

LA FAMILIA, «ESCUELA DE FE» Condiciones básicas

José A. PAGOLA
Vicario General
Profesor de Teología
San Sebastián

Los expertos no se ponen de acuerdo sobre la capacidad de la familia actual en la socialización de las nuevas generaciones. Mientras algunos (José Antonio Marina) ponen todo el peso en la educación escolar, otros (Luis Rojos Marcos, Javier Elzo) insisten en el papel esencial de la familia. Este último se expresaba recientemente en los siguientes términos: «En mi opinión, el asunto de fondo es que todavía no nos hemos tomado en serio la importancia de la familia como agente primero de socialización y educación. La familia fue, es y será muy probablemente, en el futuro inmediato, el primer agente de socialización de los niños y preadolescentes. Otra cosa es que los padres lo hagan más o menos bien, sean más o menos conscientes de su insustituible papel, estén más o menos capacitados para llevar a cabo su labor, o que la sociedad, en fin, reconozca esa labor..»¹ Si se piensa en la socialización de la fe, el panorama aparece, sin embargo, bastante sombrío. La actual crisis religiosa ha afectado, como es natural, a la familia, verdadera «caja de resonancia» de cuanto ocurre en la sociedad. Ya no se puede decir que la familia es una «escuela de fe». Por lo general, lo que se transmite en muchos hogares no es fe, sino indiferencia y silencio religioso. No pretendo en esta modesta reflexión entrar en análisis de carácter sociológico o pedagógico. Quiero darle a estas líneas un tono positivo y práctico. Estoy convencido de que, entre nosotros, la familia es el espacio en el que se está jugando, en buena parte, la fe o la increencia de las nuevas generaciones. Por eso las cuestiones que me preocupan son estas: ¿cómo pueden ser hoy nuestras familias lugar de socialización de la fe?; ¿qué podemos hacer que no estamos haciendo?; ¿cómo ayudar desde la comunidad cristiana a la familia en su labor educadora?

1. Situación compleja

Una aproximación sencilla a la realidad religiosa de las familias permite constatar una situación variada y compleja.

* Hay familias que mantienen viva su identidad cristiana. La fe sigue siendo en ellas un factor importante en la configuración de su hogar. Los padres tienen sensibilidad religiosa, aunque no acierten muchas veces a transmitir su fe a los hijos. Tal vez son un grupo más numeroso de lo que se piensa. Si encontraran un apoyo más firme y cercano de la comunidad cristiana, estas familias vivirían la fe de forma actualizada y harían de su hogar un ámbito gozoso de socialización del evangelio.

* Hay un sector importante de familias donde lo religioso está quedando como «excluido» del hogar. Los padres se han alejado de la práctica religiosa y viven instalados en la indiferencia. Se bautiza al hijo, se celebra la primera comunión, pero no existe preocupación real por transmitir una fe que no se vive. Está creciendo incluso el número de padres que se oponen a que sus hijos tengan una iniciación cristiana. El hijo sólo respira en su hogar hostilidad a lo religioso, crítica sistemática o burla.

* Está creciendo también el número de familias con problemas y conflictos graves que, de hecho, impiden un planteamiento religioso normal. No es fácil la vivencia y transmisión de la fe cuando la familia está desestructurada, cuando se está viviendo de forma crispada la separación de los esposos, cuando los hijos quedan como «perdidos» tras el divorcio de sus padres, cuando el hogar se convierte en un campo de combate y disputa permanente o cuando se vive la angustia del paro.

2. Actitud de los padres

Es una ingenuidad hablar de la socialización de la fe en la familia olvidando la actitud de los padres ante el hecho religioso y ante la educación cristiana de sus hijos. Sin pretender una tipificación rigurosa y exhaustiva, sí podemos hacer algunas constataciones de carácter básico y orientador.

Hay padres cuya postura es de absoluta despreocupación. No les preocupa la educación cristiana de sus hijos. No creen que la fe pueda ser de interés para su futuro. Sólo se interesan por la carrera del hijo, por el bienestar de la familia, por el disfrute del fin de semana.

Bastantes padres experimentan una sensación de desorientación. Personalmente, viven una fe llena de dudas y contradicciones.

Intuyen que la experiencia religiosa podría ser importante en la familia

y para el futuro de los hijos, pero no saben cómo actuar. No se sienten capaces de transmitir su fe.

Otros adoptan una postura más bien pusilánime y cobarde. Se dicen cristianos, pero no viven su fe con gozo, sino de forma inerte y rutinaria. No abandonan de manera clara y definitiva su fe religiosa, pero tampoco la toman en serio en su hogar.

No pocos padres adoptan una postura de dejación y abandono. No se sienten responsables de la transmisión explícita de la fe a sus hijos. Pretenden ser suplidos por el colegio, la parroquia o las instituciones eclesiales, pero en el hogar apenas se hace esfuerzo alguno para compartir la fe.

Hay, sin embargo, bastantes padres que tienen conciencia de su responsabilidad. Les preocupa la educación de la fe de sus hijos. Son conscientes de las dificultades, no se sienten tal vez suficientemente preparados, piden orientación y ayuda, necesitan apoyo., pero están dispuestos a hacer de su hogar un espacio de convivencia cristiana y de educación en la fe.

3. Las dificultades

He hablado ya de la dificultad de plantear la transmisión de la fe en hogares rotos, desestructurados o que atraviesan alguna crisis grave. A ello hemos de añadir algunas dificultades más generalizadas y que afectan a no pocas familias.

En muchas familias, la primera dificultad es la falta de suficiente comunicación. La vida actual, con su organización plural, su ritmo agitado y su dispersión, dificulta gravemente la comunicación familiar. Las familias viven hoy más separadas que nunca a causa del trabajo de los padres, los estudios de los hijos y las diferentes posibilidades del fin de semana. Y cuando, por fin, se encuentran todos juntos, la televisión impone con frecuencia su «ley del silencio», impidiendo la convivencia familiar o introduciendo desde fuera los centros de interés sobre los que ha de girar la familia. Ahora bien, cuando falta verdadera comunicación en el hogar, es imposible compartir la fe y transmitirla.

Otra dificultad es el desacuerdo entre padres e hijos. Sus criterios sensibilidades y actitudes responden a modelos culturales y sistemas de valores diferentes. Hemos de señalar, sin embargo, que, según estudios sociológicos recientes, el conflicto entre padres e hijos se ha ido suavizando en los últimos años, probablemente porque los padres han renunciado a imponer determinadas pautas de comportamiento. Por otra parte, en lo que se refiere al hecho religioso, parecen diferir cada vez menos las posiciones de padres e hijos en las familias

jóvenes. Todos ellos se ven afectados por la misma crisis de fe y la tentación de indiferencia².

Muchos padres sienten, sobre todo, la dificultad de transmisión constatable en el contexto cultural de nuestros días. Lo que se hace difícil no es sólo la transmisión de la fe, sino la transmisión en general, se trate de una tradición, de una cultura o de una ideología. Según la conocida antropóloga Margaret Mead, no vivimos ya en una «cultura-postfigurativa» donde los hijos aprenden de los padres como éstos aprendieron de sus abuelos. Ya no se aprende del pasado, sino del presente. La nuestra es una «cultura-configurativa» en la que las nuevas generaciones aprenden a vivir de sus compañeros afines, de la televisión o de la moda del momento. Incluso vivimos ya rasgos de una «cultura-prefigurativa», pues a veces son los padres los que, superados por el cambio cultural, comienzan a aprender de los hijos mejor adaptados a los tiempos. ¿Cómo vivir y transmitir la fe en este contexto social?³

Naturalmente, la dificultad básica procede de la crisis de fe. En muchas familias se vive una fe diluida, difusa, rutinaria, con un trasfondo de indiferencia y dejación. Por otra parte, cada vez es más frecuente una religión «a la carta», de la que se toman algunos aspectos que gustan (bautizo, primera comunión..) y de la que se deja lo que supone exigencia y compromiso. En estos hogares no es posible una transmisión auténtica de la fe en Jesucristo.

4. Las posibilidades de la familia

Fácilmente se da hoy por supuesto que, debido a estas dificultades y a otras muchas, es muy poco o nada lo que se puede hacer en familia para educar en la fe. Muchos padres renuncian a su tarea sin conocer las posibilidades reales del hogar y antes de haber hecho esfuerzo alguno. Por otra parte, la pastoral que se promueve desde las parroquias y comunidades cristianas apenas tiene en cuenta a la familia, probablemente porque no existe la conciencia de que, en estos momentos, no hay institución, grupo humano o ámbito social tan decisivo como ella para echar las bases de una socialización de la fe. A mi juicio, es esta convicción la que hay que recuperar y reafirmar hoy con vigor, tanto entre los padres cristianos como entre los animadores de la acción pastoral.

Lo primero a recordar es que prácticamente todos los estudios apuntan hoy hacia la conclusión de que, en estos tiempos de crisis religiosa, la acogida de la fe depende básicamente de que el sujeto tenga desde el inicio una experiencia positiva de lo religioso. La

Persona vuelve, por lo general, a aquello que ha experimentado como bueno y ha vivido con satisfacción y sentido⁴.

FAM/IMPORTANCIA: Pues bien, la familia ofrece al niño el ámbito primario de acogida de la existencia y de personalización. En ella encuentra el niño esa «urdimbre constitutiva y urdimbre de identidad» (J. Rof Carballo) en la que se va tejiendo su ser. La familia es, en principio, el grupo humano con mayor capacidad para ofrecerle una experiencia positiva, gozosa, entrañable, de la vida y también de lo religioso. Según Gerardo Pastor, «ni las guarderías o escuelas, ni los grupos de coetáneos, ni las parroquias, ni los medios de comunicación social (prensa, radio y televisión), logran penetrar tan a fondo en la intimidad infantil como los parientes primarios, esos seres de quienes se depende absolutamente durante los seis o nueve primeros años de la vida (padres, hermanos, tutores)».

Ningún grupo humano puede competir con la familia a la hora de poder ofrecer al niño el «suelo religioso y de valores» en un clima de afecto. En el hogar, el niño puede captar valores morales, conductas y experiencias religiosas, símbolos, etc, pero no de cualquier manera sino en un ámbito de afecto, confianza, cercanía y amor. Y es precisamente esta experiencia positiva la que puede enraizarlo en la fe religiosa. Es cierto que, en la medida en que se vaya emancipando de sus padres, el niño se pondrá en contacto con otras realidades y accederá a otros modelos de referencia. Llegarán entonces los conflictos y tensiones, pero no será fácil eliminar del todo la referencia religiosa de la familia si en el hogar el joven sigue encontrando una vivencia adulta y sana de la fe. Si la TV, los amigos y la calle tienen a veces una influencia tan grande, ésta se debe, en buena parte, a que en el seno de la familia hay abandono y dejación de los padres, y desde la parroquia o comunidad cristiana poco apoyo y orientación.

5. Condiciones básicas

Esta capacidad que, en principio, tiene la familia para educar en la fe queda devaluada si no se dan, de hecho, unas condiciones básicas que es necesario promover desde la comunidad cristiana y la pastoral familiar. Indicamos algunas de importancia fundamental.

* Es necesario que los padres se quieran y que los hijos sepan que se quieren. Experimentar que los padres se quieren es la base para crear el clima de confianza, seguridad y convivencia necesario para compartir y transmitir la fe.

* Es importante, además, el afecto de los padres hacia los hijos es

decir, la atención personal a cada uno, la dedicación, la cercanía, el respeto. Los padres sólo pueden ser modelo de identificación para los hijos si éstos se sienten queridos. Por otra parte, no se ha de olvidar la función simbólico-mediadora que los padres ejercen en la medida en que los hijos perciben—a través de ellos y en su bondad, respeto y perdón—el misterio de Dios Padre-Madre.

* Es necesario también cuidar la comunicación de la pareja entre sí y con los hijos. Esto exige, antes que nada, evitar lo que puede generar desconfianza, recelo, dictadura, agresividad e imposición. Exige también cuidar más la convivencia (cierto control de la televisión, momentos de encuentro, salidas juntos..). Es importante, sobre todo, integrar a los hijos en la vida y organización del hogar: escucharlos en los asuntos que afectan a toda la familia; compartir con ellos las dificultades y los logros; distribuirse amistosamente tareas del hogar; participar de los éxitos o problemas de los hijos.. Es cierto que la vida moderna dificulta la convivencia familiar, pero lo más decisivo no es tener mucho tiempo para estar juntos, sino que, cuando la familia se reúne, se pueda convivir en un clima de confianza, cercanía y cariño.

* No hay que olvidar tampoco la coherencia entre lo que se dice o se pide a los hijos y el propio comportamiento. Una conducta coherente con la fe y las propias convicciones tiene un peso y un valor decisivos, sobre todo ante jóvenes y adolescentes. Es esta coherencia con la propia fe lo que convence y otorga a los padres autoridad para socializar la fe.

* Es también de gran importancia el cultivo de una fe más compartida por la pareja y por toda la familia. A veces, en el hogar se comparte todo menos la fe y las vivencias religiosas. Por desgracia, son muchos los que han sido educados en una fe individualista que necesita una profunda conversión. Sin duda, cada familia ha de recorrer su propio camino para ir aprendiendo a compartir más y mejor su fe; pero es necesario que los grupos matrimoniales y la pastoral familiar se comprometan decididamente en la búsqueda de este estilo de fe compartida en el hogar (oración en pareja y con los hijos, escucha de la Palabra de Dios en familia, diálogo sobre la fe, comunicación de experiencias, etc).

* Cada vez es más frecuente el hecho de que un miembro de la familia (uno de los padres, algún hijo) se declare y viva como no

creyente. Esta situación representa ciertamente una dificultad no pequeña, pero puede ser también un estímulo. Desde la comunidad cristiana se ha de hacer un esfuerzo especial para orientar y apoyar a los esposos que han de convivir en un hogar de estas características. No será superfluo señalar algunas pautas fundamentales de actuación: extremar más que nunca el respeto mutuo profundo y sincero; cuidar de manera especial el testimonio y la coherencia con las propias convicciones religiosas; evitar polémicas estériles en temas religiosos; confesar la propia fe descubriendo lo que a uno le aporta; saber que, por encima de todo, está siempre el amor mutuo y la pertenencia a una misma familia, en la que Dios quiere, con amor infinito, a creyentes y no creyentes⁶.

6. La educación en la fe dentro del hogar

Los padres, en general, se preocupan de la formación humana de sus hijos por las consecuencias que puede tener para su futuro (carrera, formación técnica, profesión). A la educación en la fe no se le da tanta importancia. A muchos de ellos les parece suficiente «delegar» esta tarea en la catequesis parroquial o en el colegio. Sin embargo, un niño que participa en la catequesis o recibe formación religiosa escolar sin tener en su hogar referencia religiosa alguna, es difícil que asimile e interiorice su fe. Si en casa Dios no tiene importancia alguna, si Cristo no es punto de referencia, si no se toma en serio la religión, si no se viven las actitudes cristianas básicas, la fe no arraigará en él. El clima familiar es absolutamente necesario para interiorizar el mensaje religioso que el niño recibe en la catequesis o en el centro escolar.

Pero la educación de la fe dentro del hogar no puede seguir hoy los pasos de aquella socialización casi mecánica del hecho religioso cuando la fe era impuesta como una herencia necesaria del pasado. El hijo necesita aprender a ser creyente en medio de una sociedad descristianizada. Esto exige vivir una fe personalizada, no por tradición sino como fruto de una decisión personal, una fe vivida, que no se alimenta sólo de ideas y doctrinas, sino de una experiencia gratificante; una fe no individualista, sino compartida en una comunidad creyente; una fe centrada en lo esencial, que puede crecer entre dudas e interrogantes; una fe no vergonzante, sino comprometida y testimoniada en medio de una sociedad indiferente. Todo esto exige enseñar a los padres cristianos a educar en la fe de una manera nueva, donde lo importante es transmitir experiencia religiosa, más que ideas y doctrina; enseñar a vivir valores cristianos, más que imponer normas; desarrollar la responsabilidad personal,

más que dictar órdenes; acercar a la comunidad creyente, más que promover un individualismo religioso; cultivar la adhesión confiada a Dios, más que resolver con precisión todas y cada una de las dudas del hijo.. Una de las tareas importantes de la pastoral familiar hoy ha de ser el apoyo, la orientación y el ofrecimiento de materiales y sugerencias para facilitar a los padres su labor educadora.

No estará de más indicar aquí algunas pautas de actuación. Lo primero, sin duda, es no descuidar la propia responsabilidad. Nada de pesimismo ni de renunciaciones. Es mucho lo que se puede hacer. En primer lugar, preocuparse de que el hijo reciba formación religiosa en el centro escolar y tome parte en la catequesis de la comunidad cristiana. Luego, seguir de cerca esta educación y colaborar desde el hogar apoyando, estimulando y ayudando al hijo.

Es de suma importancia recordar que, a través de toda su conducta, los padres van transmitiendo a los hijos una determinada imagen de Dios. La experiencia de unos padres autoritarios, temibles, controladores, va transmitiendo la imagen de un Dios legislador, castigador, juez vigilante. La experiencia de unos padres despreocupados y permisivos, ajenos a los hijos, va transmitiendo la sensación de un Dios indiferente y lejano, un Dios como inexistente. Si los hijos, sin embargo, viven con sus padres una relación de confianza, comunicación y comprensión, la imagen de un Dios Padre se va interiorizando en sus conciencias de manera muy distinta. Es necesario superar el autoritarismo. Una educación autoritaria no conduce a una vivencia sana de la fe. La educación basada en imposiciones, amenazas y castigos es dañosa. El padre que no admite réplicas ni ofrece explicaciones, el que no orienta ni expone su propia experiencia, no educará en la fe. El hijo que vaya interiorizando la religión en un clima de coacción, amenazas y presiones, probablemente abandonará más adelante esa experiencia religiosa negativa y poco satisfactoria.

Por muy buena que sea la intención, no todos los métodos garantizan una socialización sana de la fe⁷. No basta, por ejemplo, crear hábitos, repetir gestos mecánicamente, obligar a ciertas conductas, imponer la imitación de los padres. Sólo se aprende lo que se hace con sentido. Sólo se comprende lo que se experimenta. No es bueno rezar sin rezar, cumplir sin vivir, practicar sin saber por qué. La fe se aprende viviéndola con gozo. «Sólo educa aquello que se aprende afectivamente, con el corazón más que con la cabeza»⁸.

La socialización auténtica de la fe se puede producir cuando los padres viven su fe compartiéndola gozosamente con los hijos. De ahí la importancia de la oración compartida en el hogar. Es mucho lo que

se está haciendo estos últimos años, pero es menester un mayor apoyo y orientación desde las comunidades parroquiales⁹. Sólo apuntaré aquí algunas sugerencias.

Es preciso promover una mejora del ambiente religioso del hogar. No se trata de recuperar el aspecto sacro que ofrecían los hogares hace unos años, pero sí de reaccionar ante el vacío y la asepsia religiosa introducida por las modas secularizadoras. No es difícil introducir algún símbolo, imagen o signo religioso de buen gusto; adquirir libros sanos y educativos; tener a mano evangelios y biblias para niños, hacerse con música apropiada para la interiorización y el «relax», cuidar el tono festivo del domingo (música, comida, mantel, flores..) etc.

Sería un paso decisivo iniciar a los esposos cristianos en la oración de la pareja. Entre esposos creyentes, más o menos practicantes, se dan condicionamientos y falsos pudores que es posible superar. Una oración sencilla, sin complicaciones, hace bien a la pareja creyente, alimenta su fe y puede ser la base para configurar un hogar cristiano. Pienso en una oración nacida de la vida misma del hogar, donde la acción de gracias a Dios venga acompañada del mutuo reconocimiento y agradecimiento, donde la petición de perdón a Dios brote del perdón mutuamente pedido y concedido, donde la súplica al Padre refuerce el apoyo mutuo, donde la oración por los hijos acreciente el amor hacia ellos.

Desde la comunidad cristiana se ha de ayudar más a las familias a encontrar el modo concreto de integrar la oración en la vida del hogar. No es lo mismo orar con los hijos pequeños que hacerlo con adolescentes o jóvenes. Las posibilidades son múltiples¹⁰. Es importante, sobre todo con hijos ya crecidos, cuidar una oración sencilla, pero significativa, en momentos señalados de la vida familiar: cumpleaños de algún miembro, aniversario de bodas de los padres, antes de salir de vacaciones, al comenzar el curso, cuando alguien ha sido hospitalizado, al terminar unos estudios, al finalizar el año, etc. Personalmente, llevo algunos años tratando de introducir en los hogares una forma de oración diaria que, dentro de su modestia, pueda ser signo vivo de una familia creyente. Se trata de que la familia pueda reunirse en la sala al final del día, cuando, apagado el televisor, todos se disponen a descansar. Sólo unos breves momentos para comentar la jornada, dar gracias a Dios en silencio o de forma espontánea, rezar juntos despacio, muy despacio, el «Padre

nuestro», invocar a María con el rezo del «Avemaría» y desearse un buen descanso. ¿Es tan difícil?

7. Catequesis familiar parroquial

CATE-FAMILIAR: Una palabra sobre la catequesis familiar parroquial que no es otra cosa sino la labor educativa que los padres desarrollan en la familia para promover el despertar religioso y el crecimiento de los hijos en la fe. Esta catequesis debe proceder, acompañar y enriquecer toda otra forma de catequesis. Sus objetivos serían: «el primer despertar religioso, la iniciación en la oración personal y comunitaria, la educación de la conciencia moral, la iniciación en el sentido del amor humano, del trabajo, de la convivencia y del compromiso en el mundo, dentro de una perspectiva cristiana»¹¹.

El deterioro humano que se observa en no pocas familias y, sobre todo, la crisis religiosa hacen difícil hoy el desarrollo de esta catequesis familiar, a pesar de los intentos que se han realizado. No basta con invitar a los padres y proporcionarles algunos elementos pedagógicos.

Sin embargo, sí creemos en el desarrollo de una catequesis familiar parroquial en la que los padres lleven a cabo una tarea educadora de la fe en su propio hogar, según un programa y unos objetivos concretos establecidos desde la parroquia. En esta catequesis, la parroquia se preocupa de preparar a los padres, tener contacto permanente con ellos, organizar encuentros entre padres y catequistas, cuidar también encuentros entre los hijos, etc.

Esta catequesis familiar parroquial es una de las formas de esa colaboración absolutamente necesaria hoy entre la comunidad cristiana y la familia. Desde esa colaboración entre catequistas y padres, es más fácil desarrollar de forma actualizada el «padrinazgo cristiano» a través de personas que hacen un seguimiento cercano de niños pertenecientes a familias alejadas de la fe. Es posible también la atención a hijos de familias deterioradas o desestructuradas, invitándolos a los encuentros de niños, organizados en el hogar de una de las familias cristianas. La colaboración entre comunidad parroquial y familia es una tarea compleja que exigirá imaginación y esfuerzo ilusionado, pero es también labor urgente y apasionante para el futuro de la fe.

-
1. J. ELZO, «Familia y violencia», en *Diario Vasco*, San Sebastián, 23 de mayo de 1997.
 2. J. GONZÁLEZ-ANLEO, «Cómo son nuestras familias cristianas»: *Sinite* 105 (1994) 51; X BASUR- KO. «La familia y la dinámica sacramental de los hijos» *Phase* 203 (1994) 398.
 3. Ver una presentación clara de esta problemática en P. OTAMENDI, «La familia ¿protagonista de la educación en la fe hoy?», en *La educación en la fe, un reto para la familia creyente*, Bilbao 1991, pp. 20-21.
 4. J. MARTINEZ CORTÉS, «Posibilidades reales de educar en la fe por parte de las familias cristianas»: *Sinite* 105 (enero-abril 1994) 55-85; P. OTAMENDI, op. cit. p. 928.
 5. G. PASTOR, «Familia y transmisión de valores»: *Misión Abierta* 1 (1991) 23.
 6. M. SÁNCHEZ, «Cuando los maridos no creen..»: *Misión Abierta* 1 (1991) 91-96.
 7. J.M. GARCIA DE Dios, «Calidad del cristianismo y educación familiar en la fe»: *Misión Abierta* I (1991) 57-64.
 8. M. MARTÍNEZ, «El crecimiento de la fe en la comunidad familiar» en *La educación de la fe, un reto para la familia creyente*, Bilbao 1991, pp. 35-55.
 9. J.A. PAGOLA, *Cómo vivir la fe en la familia actual*, San Sebastián 1995, pp. 23-31; V. PEDROSA, «La familia cristiana, 'lugar' de oración y celebración de la fe» en *La educación en la fe, un reto para la familia creyente*. Bilbao 1991, sobre todo pp. 84-96.
 10. La revista «Orar» ofrece esquemas y materiales sugerentes tanto en la misma revista como en sus Boletines. Ver como ejemplo los no. 81-82: «Un estilo de orar en familia: la oración diálogo». Ver también M. ICETA, *Hogares en oración. 25 esquemas de oración familiar*, Madrid 1979.
 11. Ver el Documento Catequesis de la Comunidad. n. 273.